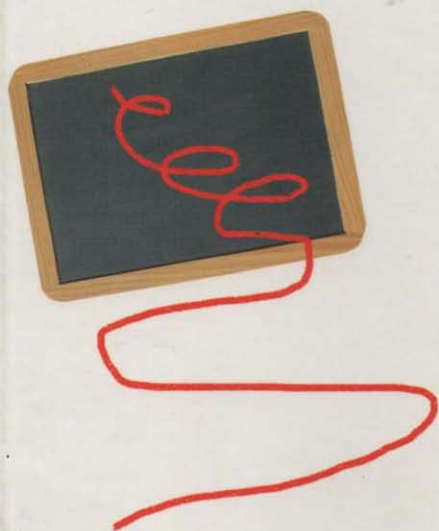


Carta a un joven profesor

Por qué enseñar hoy

Philippe Meirieu



*Esta,
subarborescente
y ramificada
de*

 **GAO**

**MICRO-MACRO
REFERENCIAS**

9

Título original: *Lettre à un jeune professeur*
© Philippe Meirieu
© de la edición francesa: ESF éditeur, 2005

Colección Micro-Macro Referencias
Serie Formación y desarrollo profesional del profesorado
Directora de la colección: Pilar Quera

© de la traducción: Núria Riambau
© de esta edición: Editorial GRAÓ, de IRIF, S.L.
C/ Hurtado, 29. 08022 Barcelona
www.grao.com

1.ª edición: septiembre 2006
6.ª reimpresión: noviembre 2011
ISBN: 978-84-7827-454-3
D.L.: B-36.673-2011

Diseño: María Tortajada Careny
Impresión: Imprimeix
Impreso en España

Quedan rigurosamente prohibidas, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción o almacenamiento total o parcial de la presente publicación, incluyendo el diseño de la portada, así como la transmisión de ésta por cualquier medio, tanto si es eléctrico como químico, mecánico, óptico, de grabación o bien de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*. Si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra, diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org).

Índice

Introducción: La dimensión oculta	11
1. Entre el amor a los alumnos y el amor al saber, no tenemos por qué elegir	21
2. Enseñamos para que los demás vivan la alegría de nuestros propios descubrimientos	31
3. Nuestro proyecto de transmisión no puede conciliarse con las presiones sociales que sufre la escuela	41
4. Queremos ser eficaces de verdad pero no a cualquier precio	55
5. En el centro de nuestra profesión: la exigencia	67
6. Una preocupación que no tiene por qué ruborizarnos: la disciplina en clase	81
7. Sea cual sea nuestro estatus, sean cuales sean nuestras disciplinas de enseñanza, todos somos «profesores de escuela»	93
La escuela como institución del encuentro de la alteridad	96
La escuela como institución de la búsqueda de la verdad	98
La escuela como institución de una sociedad democrática	103
Conclusión: Utópicos por vocación	117
Conversaciones con jóvenes profesores, Marie-Christine Le Dù.....	123

* El gallo a Rilke y la reformista curiosa de medicina a sus cosas o en parte para me han hecho dar a esta obra un título que podría parecer extraño. Por supuesto, no es esta mi intención. Que me disculpen los lectores que se sientan o se sientan a la desconfianza y que consideren que este trabajo debería ser dirigido a todos los profesores jóvenes.

espacios infinitos» —como decía Pascal— gracias a la ciencia... nuestras preguntas sobre nuestros orígenes, gracias a la historia y a la filosofía... nuestras dificultades para comunicarnos con otros seres, otros pueblos, otras culturas, gracias al estudio minucioso de nuestros respectivos lenguajes. A medida que pasa el tiempo, la niebla se va disipando un poco más; van surgiendo referencias, se van construyendo modelos, con esa evidencia a posteriori que hacía exclamar al inspector Bourrel —ya desaparecido de la pequeña pantalla desde hace mucho tiempo— al final de cada investigación: «¡Vaya, si está clarísimo!».

Y una vez más, no hay en esto nada más que otra manera de describir el acto pedagógico que se impone con fuerza en lo más hondo de nuestra profesión. Pero un acto pedagógico que aporta una increíble esperanza social y política: la esperanza de una sociedad en la cual las relaciones entre los seres no se basarían en la violencia del mercado y en la eliminación del «rival más débil», sino en la búsqueda colectiva, a partir del respeto mutuo, de la verdad. Un acto comparable a lo que describe Marcel Mauss al final del «Ensayo sobre los dones», cuando evoca a los caballeros de la Mesa Redonda:

Para empezar, primero hubo que deponer las lanzas. Así es como el clan, la tribu, los pueblos supieron enfrentarse sin cometer matanzas, y entregarse sin sacrificarse unos a otros —y es así como, mañana, en nuestro mundo llamado civilizado, las clases, las naciones y también los individuos deberán hacerlo—. [...] Las aventuras de Arturo cuentan cómo el rey Arturo, con ayuda de un carpintero de Cornualles, inventó esa maravilla de su corte: la Mesa Redonda milagrosa alrededor de la cual los caballeros ya no volvieron a batirse. No hace falta ir a buscar muy lejos cuáles son el bien y la felicidad. Están ahí, en la paz impuesta, en el trabajo bien acompañado, en común y en solitario de manera

alternativa, en la riqueza atesorada y luego repartida, en el respeto mutuo y en la generosidad recíproca que la educación enseña.⁹

La escuela como institución de una sociedad democrática

Ya casi hemos llegado al final del camino, al punto en el cual termina nuestra profesión y empieza la de los políticos. Pero no quememos la última etapa, pues correríamos el riesgo de dejar a nuestros alumnos, a la salida del colegio, listos para incorporarse en la vida profesional, para participar en un debate científico, pero incapaces de implicarse con lealtad en la construcción de una sociedad democrática.

Y este desinterés de las democracias por su perennidad es una de las grandes paradojas de nuestra modernidad. Cuando todos los regímenes totalitarios, sea cual sea la ideología en la que se basan, dedican una considerable energía a inculcar a los niños el catecismo que garantice su futuro sometimiento, las democracias se conforman con inyectar una hora de educación cívica aquí y allá... con tan poca convicción que todos están de acuerdo en reconocer, en pequeño comité, que puede desaparecer a la primera ocasión que se presente. Parece pues que nos resignamos a la aceleración del individualismo, a la desaparición de las reglas de la vida en común y al dominio de los comunitarismos.

En la escuela se aprende a pasar, progresivamente, del punto de vista y los intereses propios a la búsqueda del bien común.

9. Marcel Mauss: «Essai sur le don». *Sociologie et anthropologie*. Paris, Quadrige/Presses Universitaires de France, 1993, p. 278. (Trad. cast.: *Sociología y antropología*. Madrid. Tecnos, 1991.)

Por supuesto, no se trata aquí –bajo el riesgo de caer en una tremenda contradicción– de inculcar de manera autoritaria unos principios democráticos: es lo que hacen los Estados Unidos por todo el planeta, con los resultados que ya conocemos. Lejos de contribuir a la aparición de regímenes democráticos, refuerzan los fundamentalismos e impulsan los fanatismos de todo tipo... Seguro que hay otra salida. A lo mejor podemos concebir una verdadera educación para la democracia que permita, en el momento en que se llegue a la mayoría de edad, introducirse en la política con conocimiento de causa y con alguna posibilidad de aportar nuestro granito de arena en búsqueda del bien común.

La escuela podría tener entonces un lugar determinante, siempre y cuando se realizara un trabajo doble: por una parte, se ayudara a cada alumno *a escapar de todas las formas de tribalismo* que imponen la conformidad a la norma y prohíben cualquier libertad de pensamiento y, por otra parte, se enseñara constantemente a cada uno a *apartarse de sus preocupaciones inmediatas y de sus intereses personales para asociarse con otros y encaminarse hacia lo universal*. Doble trabajo. Doble exigencia. Y las dos caras de una misma pieza del rompecabezas, la pieza que falta o que apenas se empieza a vislumbrar, de nuestra modernidad: una institución democrática.

Primero «pensar por sí mismo»: vieja fórmula de la Ilustración que está, más que nunca, de actualidad¹⁰. A partir del momento en que un simple presentador de televisión o de radio se da más importancia que un legislador, y en que los jóvenes, fascinados por las estrellas, las convierten en su único modelo a imitar, trabajar para que surja un poco de libertad

10. A la pregunta «¿Qué es La Ilustración?», Kant respondía con la fórmula «*Sapere aude*»: «Atrévete a pensar por ti mismo». Immanuelle Kant: *Qu'est-ce que les Lumières?*. Paris. Hatier, 1999. (Trad. cast.: *¿Qué es la Ilustración? y otros escritos de ética y filosofía de la historia*. Madrid. Alianza Editorial, 2004.)

de pensamiento no es ningún lujo. No porque la cultura de masas sea intrínsecamente mala, sino porque toda forma de dominio sobre las mentes, cuando dicta tanto el modo de hablar como el modo de vestir, cuando penetra lentamente en las conciencias de las jerarquías de valores a las que hay que someterse para ser aceptado en un grupo, constituye una tremenda traba para que la verdadera esencia del sujeto vea la luz. Se alude con frecuencia al auge de las tribus, de los grupos de fusión, sometidos inevitablemente a un cabecilla o a un clan. Asimismo, se descubre la terrible presión que la sociedad mediática y mercantil ejerce sobre las mentes y, en particular, sobre las de los niños y los adolescentes. Y aunque éstos mantengan un alejamiento distendido de aquello que parece fascinarles tanto, esta ingestión continua, firmemente apuntalada por todas las herramientas de comunicación, y que acaba por imponerse como única cultura común, pone en tela de juicio nuestra laicidad. Jules Ferry quería, gracias a la escuela, librar a las mentes de la superstición y del oscurantismo... Pero ningún hijo de campesino bretón, en 1905, pasaba tanto tiempo en clase de catecismo como el que pasa, en el 2005, un hijo de un alto ejecutivo delante del televisor, la radio o Internet juntos.

Sé muy bien que los profesores no suelen confesar que miran la televisión... ¡y menos a sus alumnos! Pero ¿podemos por ello resignarnos a aceptar esa apisonadora de cretinismo que socava los fundamentos mismos de nuestro trabajo? Cuando unos alumnos de cuarto o quinto de educación primaria –según llevo observando hace un tiempo– están realmente convencidos, como se ha «demostrado» en un programa de televisión, de que «los bomberos son más inteligentes que las rubias», ¿podemos quedarnos callados y seguir con nues-

La escuela debe garantizar a todos la posibilidad de escapar de cualquier forma de dominio para poder pensar por sí mismos.

tra clase de gramática sobre el participio, como si nada? Creo que demostramos ser algo pusilánimes. Y también —disculpado que utilice esta palabra que puede heriros— un poco cobardes: cobardes porque abandonamos en medio de la nada a aquellos que, justamente, querrían resistir y nos necesitan para hacerlo.

Esto también es responsabilidad nuestra: aliarnos con el alumno cada vez que quiere deshacerse de la escoria, salir del conformismo obligado, intentar una expresión personal, pensar por sí mismo... atrevernos a llevarle la contra al jefe, al locutor de radio o, incluso, al profesor. Ésta es, efectivamente, la condición del devenir ciudadano: dejar de inclinarse ante cualquier forma de clericalidad, examinar una palabra según su coherencia y no del prestigio de quien la dice, arrinconar lo absurdo, verificar sistemáticamente las fuentes. Por eso la cuestión del acto experimental y del acto documental son, en el seno de la escuela, una sola: la cuestión pedagógica esencial de quien no se resigna a la inculcación sino que busca la manera de *asociar, en el mismo acto de transmisión, instrucción rigurosa y aprendizaje de la libertad de pensamiento*. Mientras todos los profesores y los administradores no la tomen en serio, mientras no hagamos de ella la piedra angular de la escolaridad y no invirtamos enormemente en ella, corremos el riesgo de perder esta formación del ciudadano que, desde todas partes, se nos pide con urgencia que pongamos en marcha¹¹.

11. Sin duda entenderéis por qué luché por la puesta en marcha de los *Travaux personnels encadrés* (TPE) (trabajos personales tutelados) y por qué lamento tanto que se abandonen en segundo de bachillerato. No es tan sólo una cuestión de método, es una cuestión de principios: se mide la importancia atribuida a la formación del pensamiento crítico en función de la importancia que se da a la investigación documental. Los alumnos de instituto nos lo dijeron, cuando fueron consultados en 1998, nos lo recordaron de nuevo en la primavera del 2005. Es una verdadera lástima que se les desoyera. Si deseáis alguna aclaración sobre la consulta de 1998, sus consecuencias y sus envites —quizás por aquel entonces erais estudiantes de instituto—, os aconsejo encarecidamente que leáis la obra coordinada por Roger Establet: *Radiographie du peuple lycéen*. Paris. ESE, 2005.

Dicho esto, la ciudadanía no exige solamente la capacidad para escapar al dominio de los demás, sino también la de asociarse libremente con ellos... Resulta, precisamente, que enseñar a asociarse con los demás no está, de ningún modo, reñido con el proceso educativo y escolar tal como se desarrolla desde la escuela infantil, sino que puede significar su prolongación lógica. Ir a la escuela es, ya lo hemos visto, salir de la esfera privada y del tratamiento puramente familiar y afectivo de los problemas; es verse obligado a tener en cuenta el punto de vista de los demás para, progresivamente, construir saberes objetivos. Y es que esta etapa del desarrollo del niño es, al mismo tiempo y consustancialmente, intelectual, social y política. Es, en todos los ámbitos, una manera de subir sistemáticamente de nivel en el tratamiento de las cuestiones, con objeto de considerarlas desde un punto de vista que integra otras perspectivas distintas de las propias y de su grupo de pertenencia. Es, justamente, el comienzo del proceso de fabricación del bien común que constituye el principio de la deliberación democrática.

Así es como la escuela puede y debe llevar al alumno a efectuar sucesivos alejamientos del yo para que se perciba a sí mismo y se comprenda progresivamente como miembro de colectivos cada vez más amplios. Ir a la escuela es librarse de aquel atavismo egocéntrico tan persistente, es pasar del capricho o del interés propio a una decisión elaborada en un grupo pequeño; de la consideración de la voluntad de un grupo a la de una clase, de la clase a la escuela, de la escuela al barrio, del barrio al municipio, del municipio al país, del país a la humanidad...

Y esto es efectivamente posible en lo cotidiano: entender, en un trabajo en grupo que otro alumno comprende las direc-

La escuela debe permitir que los alumnos se asocien para trabajar en proyectos conjuntos y aprendan a «hacer sociedad».

trices, ya es un primer paso. Tener en cuenta sus objeciones y modificar la propia propuesta en la corrección mutua de un trabajo, es una manera de renunciar al poder absoluto y de hacer retroceder las veleidades narcisistas. Enfrentarse a la solución común de un problema, recogiendo opiniones contradictorias y esforzándose por no rechazar ninguna es también, más allá, una manera de avanzar un paso en el camino que nos lleva a tener en cuenta al colectivo. Participar en un proyecto en el que podremos encontrar el punto de vista de personas hasta entonces desconocidas, descubrir que el hecho de tener en cuenta las diferencias puede generar progreso para cada uno y para todos, es tener acceso al sentido mismo de la aspiración democrática...¹².

Y tenemos la posibilidad de hacer que este procedimiento sea aún más visible y eficaz si organizamos, desde la escuela infantil hasta el bachillerato, períodos de tiempo estructurados según rituales estabilizados, en los cuales cada uno pueda expresar su punto de vista sobre una cuestión que tenga que ver con la organización del trabajo común –desde la manera de guardar los pinceles después del taller de pintura, hasta la manera de repasar un examen de filosofía. Así es como un alumno aprende a ser ciudadano y, a partir del momento en que el Estado lo reconozca como tal, aprende a ocupar su lugar en las diferentes instancias en las cuales se requerirá su participación. El filósofo Hans-Georg Gadamer dice:

*Que podamos dar la razón al otro, que tengamos que aceptar nuestro error, en contra de nosotros mismos y en contra de nuestros intereses, no es cosa fácil de entender.*¹³

12. Y lógicamente es un trabajo que perdura a lo largo de toda nuestra vida.

13. Hans-Georg Gadamer: *L'Héritage de l'Europe*. Paris. Payot et Rivages, 1996, p. 23. (Trad. cast.: *La herencia de Europa: ensayos*. Barcelona. Península, 2000.)

Justamente, la educación hace posible nuestro lento y difícil distanciamiento de las tentaciones egocéntricas. Hace pues una obra política. Del mismo modo que la política hace una obra educativa al construir instituciones que permiten a todos los ciudadanos alzarse por encima de sus conflictos de intereses... Efectivamente, la tarea sería imposible sin el esfuerzo conjunto de la organización escolar que acompaña a cada niño en período de formación en su esfuerzo de alejamiento de sí mismo, y sin las organizaciones políticas que ofrecen al ciudadano, en el seno de cada institución, las oportunidades y la aspiración necesarias para desprenderse de la única consideración de sus propios intereses, con el fin de poder así llegar a mirar el mundo con los ojos de los demás.

No vayáis a creer que «la educación para la ciudadanía»¹⁴ de la que se os habla hasta la saciedad y con tan poco acierto, no forma parte de vuestra misión y de vuestras aspiraciones. Tenéis vuestro lugar en este proceso, sin renegar de vuestro proyecto de enseñar. Evidentemente, los profesores no son los únicos que tienen que comprometerse con eso: los directores de escuelas y los responsables de centros de enseñanza también son «profesores de escuela». Garantizan la coherencia educativa de todas las actividades que tienen lugar en el espacio escolar: de la acogida a la enseñanza, de las relaciones con las familias a la gestión administrativa y financiera, del mantenimiento de las instalaciones a la vinculación con el medio ambiente... Hay muchos más «profesores de escuela» con los que os cruzáis todos los

Profesores, directores, responsables de centros de enseñanza, personal de administración y de servicios, todos son «profesores de escuela».

14. Que se presentó oficialmente como «disciplina transversal» en los programas de la escuela primaria del 2002, del mismo modo que el dominio de la lengua.

días y con los que podéis trabajar: los ayudantes de educación infantil y los principales asesores educativos, así como el personal de administración y de servicios.

En efecto, estoy convencido de que el ambiente en el comedor escolar es absolutamente determinante para el éxito del proyecto de la escuela, al igual que lo que ocurre en el patio o en los pasillos cada vez que un alumno se cruza con una señora de la limpieza. En ningún caso dejéis de lado y, sobre todo, no despreciéis este tipo de realidades en nombre de vuestro estatus intelectual: nuestros alumnos no son mentes puras y necesitan, para alcanzar la ciudadanía, que les mostremos la coherencia de todo lo que sucede en la escuela y que tiene que ver con sus principios. ¿Qué hubiera sido de la religión cristiana sin las iglesias y sus rituales, sin su capacidad de despertar el sentimiento de que cualquier tarea cumplida, por muy insignificante que fuera era una forma de elevación?, ¿qué sería la justicia sin el ceremonial que la rodea, y que nos predispone, cuando entramos en un tribunal, a escuchar y respetar?, ¿qué esperamos de un verdadero servicio público si no es que se manifieste como tal desde el primer contacto y en el menor gesto, por el respeto hacia las personas? No existe una verdadera institución sin una administración a la altura de las circunstancias. Es imposible tener éxito en la dimensión propiamente política de nuestro proyecto sin reconocer la importancia de todos aquellos que contribuyen a la tarea común; sin el saludo que intercambiamos todas las mañanas con la conserje o con el encargado del mantenimiento, sin la solidaridad activa con los guardias de seguridad y el personal de administración.

Pero para poder asumir plenamente su función de formación democrática, la escuela tendría que dar un lugar esencial, en el seno de los aprendizajes fundamentales de la escolaridad obligatoria, al Derecho. La ausencia de esta disciplina de enseñanza en la enseñanza primaria y secundaria es

verdaderamente insólita: el Derecho es, en efecto, en una democracia, lo que «mantiene a los hombres juntos» y rige sus relaciones. Es una construcción de los hombres que sustituye el dogma intemporal que, en otro ámbito, cae del cielo. El hecho de que una democracia no dedique al Derecho, a su historia y a sus aplicaciones, al menos tantas horas semanales como las que la sociedad religiosa del siglo XIX dedicaba al catecismo, es aberrante. Es fácil luego quejarse de nuestra debilidad y echar de menos la solidez de las sociedades teocráticas que nos amenazan.

La escuela debe enseñar Derecho como disciplina de pleno derecho y poner en marcha, durante el período de escolaridad, una verdadera formación para la democracia.

Pero por muy indispensable que sea, la enseñanza del Derecho no puede, por sí sola, resolver los problemas de formación para la democracia. La institución escolar en su totalidad debe hacerse cargo de este problema... en cada curso, en cada clase y en cada centro de primaria o de secundaria. *Primero en cada curso:* ofreciendo sistemáticamente a los alumnos los medios de recurrir a experiencias o a documentos para que se acostumbren a no creer a cualquiera de buenas a primeras. *Luego en cada clase:* brindando, sistemáticamente, temas de observación, de estudio y de debate, abriendo regular y tranquilamente un debate con los alumnos sobre los métodos de trabajo y su eficacia¹⁵. Y, finalmente, en las escuelas y en los

15. En las clases de primaria, os recomiendo encarecidamente la práctica del «consejo» tal como la formulaba Célestin Freinet: un momento preciso, trivializado durante la semana («Ahora trabajas... y si tienes una crítica o una sugerencia que hacer, la harás el martes en el consejo.»); una preparación minuciosa (un orden del día elaborado por turnos de alumnos a partir de un cuaderno en el que cada uno puede apuntar sus sugerencias); un ritual exigente (un presidente y un secretario de sesión, la revisión, en cada sesión, de la aplicación de las decisiones tomadas, etcétera.). En la enseñanza secundaria, las clases, sin duda, son más difíciles. Pero, por una parte, nada impide a un profesor dedicar, regularmente, un tiempo a la organización de un debate sobre los deberes en casa, a la preparación

institutos: promoviendo instancias de representación de los alumnos sobre mandato y acompañándolas con una formación para la toma de palabra, el debate argumentado, la dirección de una reunión... con objeto de experimentar de este modo, en la vida diaria, el precepto de Rousseau: «La obediencia a la regla que uno mismo se ha impuesto, es libertad»¹⁶.

Me gustaría convencerlos de que la democracia no es una ilusión del siglo pasado, un arcaísmo obsoleto en un mundo en el cual las comunidades humanas se irían aglutinando, cada vez más, alrededor de unas creencias regresivas. Quisiera convencerlos de que la libertad de pensamiento, el acto de deliberar y de participar en la decisión colectiva, en un espacio político definido, no están condenados por la llegada en masa, a través de los medios, de gurús de toda índole...

Sé, sin embargo, que muchos de vosotros, hoy en día, veis el ideal democrático como una quimera: anteponeis como necesidad de toda democracia, una adhesión de los indivi-

de un examen de control o a la parte respectiva, durante el curso, del trabajo individual, del trabajo en pequeños grupos y de las presentaciones magistrales. Y, por otra parte, existe un tiempo, por desgracia a menudo mal empleado o destinado exclusivamente a proporcionar informaciones administrativas, que es un espacio de una hora dedicado al diálogo sobre la vida escolar (*heure de vie de classe*). Asimismo, os recomiendo encarecidamente invertir este tiempo como un auténtico momento de trabajo, con auténticos contenidos (el debate es siempre más interesante si se hace a partir del estudio de documentos), con auténticos proyectos (se puede organizar algo diferente a una salida de fin de curso, y no porque la idea venga del profesor los alumnos dejarán de llevarla a cabo), con auténticos envites (a partir del momento en que se distingue claramente lo que es negociable de lo que no lo es, se pueden tomar decisiones y garantizar su aplicación).

16. A menudo olvidamos que Rousseau, antes de escribir *Le contrat social*, su principal obra política, elaboró sus tesis sobre «el pacto social» en el libro V de *Émile* y de este modo articuló con firmeza su proyecto educativo y su proyecto político. Claro que *Émile* es una ficción —la educación solitaria de un niño huérfano y rico por parte de un preceptor particularmente culto—; sin embargo, en lo que a mí respecta, encuentro en la obra unos principios capaces de dar, hoy, un horizonte político a nuestra profesión: si enseñamos a los niños a liberarse progresivamente de nuestra tutela, pueden luego elegir libremente con quién se asocian.

duos a un credo común. Ésta es la tesis que defiende de manera brillante Régis Debray en sus últimas obras¹⁷: toda horizontalidad se sostiene únicamente por una verticalidad que la trasciende; toda sociedad requiere, para existir, una fuerza centrípeta que no puede hallar en la simple asociación voluntaria de sus miembros: incluso cuando ya no tienen iglesias, los hombres siguen juntos solamente porque creen en un «elemento trascendente»:

La democracia sigue siendo, para el profesor, la única utopía de referencia posible

La vertical escapa al control de la inteligencia y, sin embargo, ella es la que aglutina los diferentes elementos humanos. [...]

*Lo unidimensional está fuera del alcance. Siempre dos dimensiones. Cuando encontréis una muralla, deducid sin temor que detrás hay una torre —un alminar, un campanario o una cúpula—. Ante un relativo, buscad un absoluto. Ante un recinto, buscad un altar. Ante un altar, buscad un recinto.*¹⁸

El antropólogo —observador experto de todas las formas humanas de reagrupamiento— sin duda, está en lo cierto. Pero el educador desconfía de ello: no hay mucha distancia entre la verticalidad y el dominio, entre la adhesión requerida y la adhesión obligada, entre la cohesión que brinda la trascendencia y el sometimiento a todas las formas de cléricatura. De detrás del altar, temed siempre ver salir al inquisidor. En el interior del recinto, encontraréis el icono. Y, alrededor del icono, a los guardianes que persiguen a los infieles, a los que no hablan «como es debido», a los que no piensan «como es debido», a los que no visten «como es debido». Malditos sean

17. En particular *Dieu, un itinéraire*. Paris. Odile Jacob - Poches, 2003, y *Les communications humaines*. Paris. Fayard, 2005.

18. Régis Debray: *Dieu, un itinéraire*. Paris. Odile Jacob - Poches, 2003, p. 385.

los que ya no asisten a misa o apagan con demasiada frecuencia sus teléfonos móviles. Los gurús de la conformidad hacen guardia y, con la autoridad que les confiere la verticalidad que reclaman para sí, no dejan de acosarnos: «¿dónde estabas?, ¿qué hacías?, ¿por qué no eres igual que los demás?»... Dejemos que se formen «congregaciones humanas» alrededor del altar. Pero la escuela para la que trabajamos no tiene por qué echar más leña al fuego, al contrario. Debe ayudar a cada niño a resistir a la presión de la norma que la congregación impone a los que forman parte de ella. Está, por naturaleza, de parte del *cogito* antes que del *credo*. Es principal y metodológicamente democrática.

Para ser sincero, tengo que confesar que no sé si es posible que exista una auténtica democracia... Llevo mucho tiempo desencantado respecto a este tema y observo, como vosotros, que los regímenes democráticos que conocemos actualmente vacilan entre la tiranía de las élites y el populismo demagógico. Y, con frecuencia, asocian a ambos... Sé que la violencia de Estado no siempre es legítima y que los gobernantes piden que la escuela respete y enseñe las virtudes que ellos mismos están muy lejos de practicar... Pero no veo otro horizonte capaz de llevar adelante, conjuntamente, mi proyecto educativo y político. No estoy seguro de que la democracia, algún día, pueda materializarse plenamente, pero necesito creer que sí. De no ser así, no hubiera elegido enseñar... Hubiera elegido ser clérigo en cualquier iglesia, gurú de una secta, presentador de televisión... en fin, me hubiera hecho «profesional del dominio» y no «acompañante de libertades». Entonces me pregunto si es porque eso justifica todos mis compromisos pasados y presentes, que la democracia sigue siendo para mí una utopía de referencia. Puede ser... Pero también es porque la dictadura, ¡ya la hemos probado!

Por eso os pido que no os fiéis de esa estética de la desesperanza, tan generalizada en la actualidad. So pretexto de que

el mundo ofrece, todos los días, un espectáculo lamentable de multitudes que se postran a los pies de los tiranos o que ceden ante el cretinismo de los medios de comunicación, demasiados intelectuales abdican: no paran de excomulgar al mundo... pero sin proponer nunca nada que permita transformarlo. Así, podemos ser a la vez rebeldes y resignados, y beneficiarnos del prestigio de la disidencia y de la tranquilidad que confiere la renuncia; y ganar en todos los terrenos. Rechazamos entonces, con desprecio, «las ilusiones pedagogistas» de los que cargan como pueden con la educación de los bárbaros. Nos conformamos de buen grado –aunque no lo reconozcamos– con un mundo donde conviven la demagogia y el elitismo, el desprecio por unos y la suficiencia de otros, la segregación entre los excluidos y los elegidos...

Y, en materia escolar, este comportamiento tiene fácil aplicación: nos conformamos con enseñar a la minoría de alumnos que ya ha experimentado el gusto por el saber, y recluimos a los demás en centros de actividades extraescolares más o menos camuflados. Sin pensar ni por un momento que disponemos de una arma formidable contra todas las formas de fatalidad, de un medio para sacar a unos y otros de sus guetos: *la educación democrática para la democracia*.

Una vez más, no os pido que abandonéis vuestro proyecto inicial; ni que renunciéis a enseñar las disciplinas para las cuales habéis elegido esta profesión. Muy al contrario. «Enseñaréis escuela» en el propio núcleo de esta enseñanza y asumiendo plenamente vuestra misión de transmitir los conocimientos.

Así es como os convertiréis al mismo tiempo en profesionales del aprendizaje y en militantes políticos –en el sentido más noble de la palabra– comprometidos, en el día a día, con la creación de un mundo a la altura del hombre. Profesores de escuela, seréis creadores de humanidad.

Resistir al placer narcisista del pesimismo y seguir trabajando para que se contagie del «acto pedagógico».